

## *Un viaje por nuestra cultura e historia: el sueño de conocer Cantabria*

*Seudónimo: Arimalta*

---

Los viajes que he disfrutado más han sido aquellos en los que se ha dado la combinación perfecta entre deporte, naturaleza y cultura. No puedo evitarlo, disfruto mucho viajando. Desde pequeño, me han enseñado que visitar otros lugares, otras ciudades, es una gran oportunidad para conocer modos de vida diferentes, explorar y aprender cosas nuevas. Y con el tiempo, he descubierto que no es un tópico que viajar te cambie. Es algo muy real. Aunque no seas consciente en ese momento, cuando lo analizas en perspectiva te das cuenta que nunca vuelves siendo el mismo que marchaste. Siempre hay algo en conocer nuevos lugares que te transforma, que te enriquece, que te abre la mente y te hace ver la vida de forma diferente, que te hace crecer.

Así que a medida que me hago mayor, me doy cuenta que cada vez me vale menos cualquier destino. He estado en capitales de países europeos siguiendo el rastro de artistas universales y de vestigios de nuestro pasado. Ciudades que prometían vivencias únicas, visitas obligadas que han resultado ser máquinas de turismo. De todas he aprendido, lo reconozco. Y he disfrutado mucho también. Sin embargo, cada vez tengo más claro que donde me siento realmente cómodo es en esos viajes que parecen casi espontáneos y que tienen como objetivo lugares menos conocidos, pueblos perdidos en valles o montañas, pero no menos ricos en historia y vida. Es por ello que adoro los viajes en coche, sin destino fijo, sin horario, improvisados, definidos sólo por la escasa información que aporta una pequeña guía turística y un mapa de carreteras.

Son maneras diferentes de considerar el hecho de viajar. Frente a la creencia de que el turismo ha de conllevar necesariamente aviones, hoteles y grandes ciudades, yo defiendo los viajes lentos, pausados y próximos. Si quieres conocer un país de verdad, has de ir más allá de las capitales y adentrarte en aquellas regiones más apartadas, que parecen olvidadas por el mundo, donde el tiempo y la vida transcurren a un ritmo mucho menos frenético.

Estoy en un momento, además, en el que siento una gran curiosidad por lugares que tengo cerca y que puedo alcanzar en un viaje en coche. Así que, cuando me preguntan

cuál querría que fuera mi próximo destino vacacional, no dudo en la respuesta. He recorrido muchos lugares de España, pero siempre ha sido hacia el sur o hacia el centro de la península, por lo que mi asignatura pendiente es el norte. De aquí conozco poco, básicamente de oídas. Y he visto menos, algunas imágenes sueltas. Información sacada de viajes hechos por otros, de sus huellas e impresiones. Para mí el norte es algo por explorar que ansío conocer en primera persona. Pero, ¿por dónde empezar? Fácil.

Una de mis aficiones es la historia. Me apasiona. Soy muy curioso y me encanta conocer cosas del pasado, de cualquier momento anterior en el tiempo. Siempre me ha atraído todo vestigio arqueológico o monumento visitable que pudiera haber allá donde fuera. Me fascinan. Saber que entre esas piedras ha vivido gente igual que nosotros y que han perdurado en el tiempo, cambiando incluso su función, es para mí algo increíble. Siento una conexión especial con el pasado. Y cuanto más lo conozco más veo la relación directa que tiene con nuestro presente, incluso aquello que pasó hace miles de años en lugares muy alejados de donde vivo. El pasado es una oportunidad de aprender hacia donde vamos.

Así que cuando estudié prehistoria en primero de la ESO y descubrí las pinturas de Altamira, la idea de visitar la cueva se fijó en mi mente, como un imán. No diré que es una obsesión, pero para mí no puede haber viaje al norte que no incluya Altamira como punto de partida, como visita obligada. Es evidente que no puedo saltarme esta parada en mi viaje a través de la historia, en mi aprendizaje sobre lo que somos.

Con el objetivo de preparar el viaje, he rastreado la ubicación de la cueva y he visto que se sitúa en el municipio cántabro de Santillana del Mar. Un pueblo curioso, conocido como la villa de las tres mentiras, ya que ni es santa, ni es llana ni tiene mar, aunque éste no está lejos y el municipio en sí si tiene costa. Es un dato interesante ya que me ofrece información adicional para entender la elección de la cueva por los humanos que la habitaron y pintaron sobre sus paredes. Mentiras aparte, lo cierto es que Santillana del Mar es un lugar muy especial, ya que ofrece en pocos kilómetros pequeñas muestras de su ocupación continuada a lo largo de miles de años de historia. Por tanto, un sitio que me motiva visitar a conciencia, sin perder detalle. Mi amor por la historia no conoce límites.

La villa, de pequeño tamaño, conserva aún importantes construcciones de época medieval, la más destacable de las cuales es sin duda la Colegiata de Santa Juliana, un

edificio religioso fruto de la remodelación en el siglo XII de un antiguo monasterio. Los monjes originarios fundaron dicho monasterio con el objetivo de repoblar la zona y construyeron una ermita en la que depositaron las reliquias de Santa Juliana, santa que dio nombre a la localidad ya que, de su denominación latina, “Sancta Iuliana”, derivó el nombre actual de Santillana. Según la información que he revisado, la Colegiata es un claro ejemplo de construcción románica, estilo arquitectónico que me llama mucho la atención por su simplicidad y sobre todo por las representaciones plásticas y escultóricas casi infantiles, pero tan gráficas, destinadas a hacer llegar mensajes muy claros a una población que en aquel momento era básicamente analfabeta. Es evidente que necesitaré dedicar tiempo a contemplar las historias bíblicas que muestran los capiteles de las columnas del claustro de la Colegiata, un lugar que en fotografía se ve precioso, tranquilo y silencioso, justo lo que se espera de un claustro medieval.

Pero la Colegiata no es el único rastro medieval que queda en Santillana. Y eso me alegra, ya que el mundo medieval que hay más allá de lo religioso es fascinante. Según he investigado, la expansión del monasterio provocó un aumento de la población y, por consiguiente, de la riqueza, lo que conllevó la construcción de nuevos edificios, que creo merecen también mi atención. Las guías concuerdan en recomendar la visita a las torres militares, como las del Merino y Don Borja, así como a la casa de Leonor de la Vega, la madre del primer Marqués de Santillana, Don Íñigo López de Mendoza y de la Vega, famoso poeta castellano y autor de la obra *El Infierno de los Enamorados*. Más historia, pero esta vez ligada a la literatura, lo que me reafirma en el hecho de que todo el conocimiento, sea de la rama que sea, está ligado y de todo podemos aprender cosas nuevas.

Pero me estoy alejando del objetivo principal de mi viaje, la Cueva de Altamira. Es la joya de la corona de la oferta cultural no sólo de Santillana del Mar, sino también de Cantabria. Tanta es su belleza y su importancia, que ha sido denominada “la Capilla Sixtina del arte rupestre”, y desde 1985 forma parte del catálogo de monumentos que conforman el selecto listado del Patrimonio de la Humanidad de la Unesco. Particularmente lo que más me impacta de estos calificativos y distinciones es que hacen referencia a una manifestación artística prehistórica, es decir, perteneciente al pasado más remoto de los seres humanos. Un tiempo en el que las personas que poblaban la tierra contaban con una tecnología y un lenguaje muy rudimentario. Un mundo, al fin y al cabo, que consideramos, aunque sea de forma inconsciente, inferior

en conocimientos y técnicas a nuestra avanzada época actual. La pregunta que me continúa viniendo a la mente es obvia y universal. ¿Cómo seres con conocimientos y útiles tan rudimentarios pudieron pintar con semejante realismo esos animales en las paredes de una cueva con una iluminación muy deficiente? Aunque podemos responder al cómo, sigue maravillándome la perfección que alcanzaron con materiales y técnicas tan simples, por no hablar de la más que posible presencia de un genio que supo plasmar sobre piedra lo que observó en la naturaleza. Otra enseñanza que nos da la historia: no debemos menospreciar los logros del pasado.

Actualmente el acceso a la cueva original se encuentra restringido, por motivos de conservación, a 265 personas al año, lo que hace totalmente imposible su acceso. Sin embargo, existe la alternativa de visitar el Museo y la Neocueva, una réplica exacta de la cueva original. Cuentan que esta copia es tan fiel, reproduce con tanta exactitud cada detalle, que consigues emocionarte al contemplarla con la misma intensidad que podrías experimentar en el interior de la Altamira real. Visitarla es una oportunidad de comprobar si realmente la técnica actual consigue ponerse a la altura de una maravilla creada hace miles de años. No es un reto menor, aunque podamos darlo por descontado.

Sea como fuere, sea en la cueva original o en la Neocueva, ha de ser toda una experiencia estar frente a esos caballos, bisontes o manos humanas, cuyo simbolismo se nos escapa, a pesar de las múltiples interpretaciones que dan arqueólogos e historiadores. Es innegable que debe haber algo de mágico en la finalidad de estas representaciones. Y ese halo espiritual sigue sintiéndose a pesar del tiempo transcurrido. La visita a Altamira es un viaje en el tiempo que nos conduce a un mundo en el que lo sobrenatural rige las vidas humanas con un peso abrumador. Nos enfrenta a un ritual necesario para quienes poblaron esta zona, una fórmula mágica que debe propiciar abundancia o éxito en la caza. A través de dibujos, pinturas o grabados el anónimo artista invoca la fuerza de la naturaleza para tenerla a favor del grupo, quien depende de ella para su supervivencia. Pero en el caso de Altamira, el artista se nos revela, además, como un genio, como he señalado antes. Un personaje observador, conocedor de la naturaleza que le rodea, a la vez que imaginativo y resolutivo. El aprovechamiento de las irregularidades de la cueva, la elaboración de los colores, el detallismo de los dibujos son indicios que nos sitúan delante de un ser excepcional. Existen pocas muestras de arte rupestre que puedan equipararse a Altamira.

De hecho, el resto de cuevas documentadas en la zona no presentan la misma calidad ni número de representaciones. Son ejemplos menores, pero no por ello menos interesantes y, pensándolo bien, la visita a Altamira puede ser el punto de partida para conocer también otras cuevas próximas, como pueden ser la Cueva de Castillo o la del Pendo. Está claro que cuanto más investigo, más motivos tengo para visitar Altamira, Santillana del Mar y sus alrededores. Porque el patrimonio cultural de la zona es abundante y muy variado. De hecho, y cambio totalmente de registro, me llama mucho la atención la presencia de una obra de Antoni Gaudí muy cerca del epicentro de mi viaje.

Se trata de El Capricho de Gaudí, una casa o palacete de estilo modernista que el famoso arquitecto construyó para el indiano Máximo Díaz de Quijano. Éste, había vuelto de América con una enorme fortuna que le otorgaba un estatus social más elevado, lo que le permitió emparentar por matrimonio con el Marqués de Comillas que era suegro de el Conde de Güell. A través de estas relaciones, Díaz de Quijano entró en contacto con Antoni Gaudí y le propuso el encargo quien lo aceptó de inmediato. Se considera El Capricho una de las primeras construcciones firmadas por Gaudí y tiene una clara influencia oriental. Es una casa construida a medida de Díaz de Quijano, observando todas las exigencias que el propietario demandaba, a las que Gaudí añade detalles sublimes fruto del estudio atento del entorno natural, del clima, etc. El resultado es un edificio que optimiza al máximo la luz solar, a la vez que se preservaba de las inclemencias del tiempo. Se trata, pues, de una obra muy diferente a las que existen en Barcelona, lo cual es un buen motivo para anotarlo como punto de interés imprescindible. Una mirada diferente del modernismo al que estoy habituado.

Hasta el momento es más que evidente que mi motivación principal para visitar Santillana del Mar es mi inquietud cultural y mi pasión por la historia. Sin embargo, echando un vistazo al mapa, la zona que hay entre Santander y San Vicente de la Barquera me ofrece atractivos adicionales que encajan con mi idea de viaje perfecto y me permiten digerir el enorme volumen de información obtenido en tan interesantes excursiones. Alternativas para no saturarme de cultura. Una opción serían las playas del Cantábrico, muy diferentes a las del Mediterráneo a las que estoy tan acostumbrado, con su mar tranquilo y cálido. Las playas cántabras, por el contrario, aunque de arena, son de mar bravo, muchas veces impracticable para nadar, pero si óptimas para surfear. La

playa de Los Locos, de hecho, es famosa por ello. Sus olas altas y revueltas hacen las delicias de los aficionados a surcarlas con la tabla.

De igual forma, la costa escarpada de Cantabria presenta acantilados espectaculares, como el de El Bolao. Este lugar, de hecho, es especial ya que aún pueden verse los restos de un antiguo molino hidráulico, así como una cascada de difícil acceso que va a desembocar al mar y cuyas aguas se mezclan con las olas que golpean con fuerza las rocas. Además, este rincón esconde un pequeño acertijo para el visitante que debe buscar en las rocas del acantilado formas de caras que son conocidas como “los indios”. Todo un reto visual que le da aliciente a la visita, sobre todo para mí que soy amigo de enigmas y retos.

Otra opción relacionada con la naturaleza, y de gran interés por mi parte, es la posibilidad de practicar senderismo o hacer excursiones en bicicleta de montaña por el Parque Natural de Saja-Besaya. Se trata de la mayor reserva natural de Cantabria y ayuda a preservar especies de animales en peligro de extinción. Es un paraje de gran belleza que creo que vale la pena descubrir recorriendo las diferentes rutas que se pueden realizar desde cualquiera de los municipios que lo conforman. Hay sendas para todos los gustos, desde excursiones de carácter familiar, incluso aptas para invidentes, hasta trazados más complejos, adecuados para especialistas. Así que no tengo excusa para salir a caminar y conocer un entorno increíble en el que se entremezclan el río, las cascadas y los bosques en una combinación única.

Caminar, visitar, observar, ver, sentir. El mar y la montaña. El pasado y el presente. Desde Santander hasta San Vicente de la Barquera, tomando como campamento base Santillana del Mar, sin buscarlo se me ha abierto un mundo lleno de posibilidades que quiero conocer a fondo. Soy consciente de que sólo he divisado la punta del iceberg, pero aquello que he visto ya me atrae como el imán atrae al metal. Es una zona especial, cargada de historia y de vida, que con toda seguridad no me va a dejar indiferente. Santillana del mar ha resultado ser una auténtica caja de sorpresas. Cuando lo haga realidad, será una de aquellas experiencias que te marcan y que te hacen comprobar una vez más que, cuando viajas, nunca vuelves siendo el mismo que cuando te fuiste.